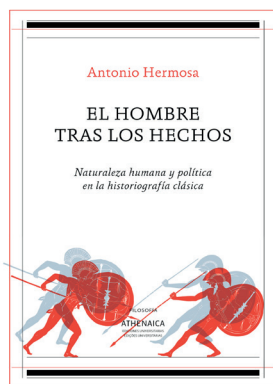


El hombre tras los hechos

Naturaleza humana y política en la historiografía clásica

ANTONIO HERMOSA

Sevilla, Athenaica.
Ediciones universitarias, 2019.



El presente libro de Antonio Hermosa, Catedrático de Filosofía Antigua en la Universidad de Sevilla, recoge una serie de diez artículos sobre temas y autores clásicos (Hesíodo, Homero, Tucídides, Salustio, Tito Livio y Tácito, en este orden) perfectamente coherentes a la hora de mostrar aspectos esenciales y a la par dinámicos de la condición humana, siempre ligados a la circunstancia histórica y a la acción política: *esse sequitur agere*. Como deja claro el Prólogo, se trata de ver los rasgos comunes externos de estos seres sociales, es decir, trazar una “historia de la naturaleza humana” que recoja lo mejor y lo peor de aquellos (p. 13s), atribulados habitantes de una región intermedia

que mezcla ambos polos, aunque a menudo inmersos en conflictos violentos como la guerra. Y ahí reside su enseñanza perenne, sometida a la modulación coyuntural, para un presente tan explosivo como el nuestro, pues “la única verdad general asumible es devastadora: siendo la naturaleza humana como es, conocer la historia es garantía de que se repetirá” (p. 154). Realismo político, pero antes antropológico, llevados los dos a sus últimas consecuencias.

Se hablará, por tanto, no de hechos históricos como tales, sino del mal y del bien en términos éticos y políticos aplicados, esto es, de historia y naturaleza, de placer y dolor en el daño, de justicia y civilización, de honor y venganza, de seguridad y libertad, de culpa y perdón, de dignidad y codicia... Una exploración de los límites de la experiencia humana, atendiendo a las causas subjetivas tanto como a las objetivas, a lo psicológico y a lo social, a la facticidad estructural y a la contingente, todo entreverado en nudos inextricables. El juego perpetuo, en fin, entre voluntad y necesidad, con énfasis en las decisiones tomadas y en las consecuencias de los actos, donde nada es neutro y mucho menos sale gratis, sino que tiene la carga irreparable de lo sido. Lo bueno es que el estudioso no se limita a comentar con gran perspicacia y erudición a los historiadores antiguos, algo ya hartamente valioso, sino que los hace hablar más y toma sus lúcidos relatos como base para plantear nuevas preguntas y seguir hasta el final los caminos tortuosos que nacen de tales hechos. Hay reflexión filosófica genuina porque se apuran los dilemas y las perplejidades, las terribles certezas y las incertidumbres, los miedos y las esperanzas... sin pontificar nunca ni buscar respuestas sencillas ante lo complejo. A la postre, pensar es, ayer y hoy, afrontar el destino trágico de los humanos.

Al adentrarnos en estas páginas -lo que sigue es un breve apunte de su riqueza y por tanto una invitación- se ve en primer lugar el paso pautado desde el supuesto orden cosmológico hacia la esforzada justicia humana, desde la violencia privada hacia la civilidad normativa, desde el territorio indómito de los dioses y los héroes hacia la urbanización consensuada de lo público. Hesíodo enseña que la fuerza, la soberbia y la arbitrariedad no son de recibo en la convivencia, que los males *naturales* son inextinguibles y por eso requieren solidaridad y cuidado mutuo, a la vez que los *voluntarios* reclaman a gritos justicia y paz. Acaso su genio particular estriba en asimilar trabajo y virtud, excelencia y esfuerzo, lo que confiere al mito de Prometeo un sentido innovador que Hermosa resume en cinco agudas consideraciones sobre la ambivalencia radical de lo humano (pp. 46ss), las cuales enmarcan la historia desde otros parámetros. A su vez, Homero se entiende bien como aquel que instaura el ideal humano de justicia al contraponer la existencia permanente del mal, más doloroso todavía cuando resulta del intento de hacer el bien, y la posibilidad de lograr cierto progreso moral porque “la manera de sentir, pensar y obrar de los seres humanos puede cambiar” (p. 73). Y esa es la clave, la plasticidad del juicio y de la conducta, a pesar de los muchos pesares.

La segunda parte comienza con el comentario de cuatro textos de Tucídides, donde se constatan de forma inmejorable las luces y las sombras apuntadas. Lo primero es un canto al modelo antropológico de la democracia ateniense según la *Oración fúnebre* de Pericles: ahí se hace valer un modelo de excelencia que aún

lo colectivo y lo particular, fundado en la alianza espléndida de felicidad, libertad y coraje para gobernar la propia vida en el marco de la ciudad, dadas a su vez las condiciones básicas de igualdad legal, mérito, redistribución mínima de la riqueza y participación en la vida pública. La vida cotidiana así institucionalizada se convierte en el ámbito fértil donde el “hombre común” puede acceder mediante su propia acción a la belleza y el conocimiento, la moderación y la generosidad, sin dejar por ello de recoger al cabo la mezcla inevitable de éxitos y fracasos de toda aventura humana (pp. 82, 87ss, 91, 93, 96). Es difícil superar este análisis emocionante de la relación biunívoca entre las condiciones de posibilidad sociales y la responsabilidad personal ante la propia vida.

Los siguientes textos suponen el contrapunto que cabía esperar a tan hermoso proyecto: los episodios de la peste de Atenas, el sojuzgamiento de los melios y la guerra de Corcira ponen sobre la mesa el carácter implacable de la muerte, del poder y la violencia. Cuando todo se desmorona, en sentido material y simbólico, y emerge el caos devorador de toda confianza, la desesperación parece autorizar la mayor barbarie, siempre latente. Si “la incertidumbre es atea por naturaleza” (p. 114), todo deseo bestial y desmesura caben y -esto es lo tremendo- entonces cualquier cosa es posible... Tampoco es complaciente el relato de cómo el poder del más fuerte (la Atenas imperial en guerra) aplasta sin escrúpulo la libertad del débil (los melios que quieren ser neutrales), negando con la necesidad de la autoconservación fundada en el dominio cualesquiera argumentos éticos y jurídicos. La naturaleza, incluida la humana, sólo acata la legitimidad de la fuerza, y no hay regla o pacto que la detengan. Frente al poder que, en uno u otro grado, es omnívoro y esclaviza por definición, la única medida es oponer contrapoderes y equilibrar la balanza en un plano multilateral (p. 136), convirtiendo así la civilización en un paradójico juego de fuerzas o naturalezas. Por último, la guerra civil añade un plus de veneno destructor y extrema todos los males, haciendo ver en particular que la ambición y la codicia desencadenan los sectarismos más inicuos y fanáticos. Las cotas de arbitrariedad en cada facción y el placer en el ejercicio de la violencia desbordan lo conocido y aniquilan toda inocencia, una vez que el enemigo es deshumanizado.

El profesor Hermosa sigue el rastro de la infamia con hondura y pulso firme, sin escatimar detalles ni matices, pero también mostrando una sobria piedad por esa condición humana tan pavorosa como sufriente. La misma actitud que hace falta para interpretar el primer texto de Tácito, que abunda en la crueldad sin límite que acontece en la toma de Cremona, dentro de otra contienda civil: el ansia ciega de botín disuelve absolutamente todos los vínculos (militares, sociales, afectivos, morales...) e instauro el culto “al reino de la voluntad pura o reino de la fuerza pura”, que a su vez desemboca nada menos que en el “placer del horror” (p. 216), según

resume el comentarista. En efecto, parece imposible llegar más lejos en la maldad que cuando la violencia se convierte en algo gratuito y festivo, caprichoso. Nadie se salva de la abominación, sean soldados o civiles, cuando la “inhumana tranquilidad” de una diversión salvaje, en palabras del romano, se adueña de la ciudad. Y es que los *zombis* sanguinarios han existido siempre, igual que los bárbaros están dentro de las fronteras y de la piel.

Comprender bien los textos de Salustio y Tito Livio, amén del segundo de Tácito, requiere en cambio más sutileza estratégica: lo que el primero pone de manifiesto es que la política debe anteponerse a la moral y además hacer un uso estricto del derecho, sin dejarse llevar por la indignación del momento, de modo que pensar bien las consecuencias de la acción evite sentar precedentes de excepcionalidad -supuestamente ahora más justa- que en el futuro abonen el terreno a la arbitrariedad deliberada y la tiranía (pp. 162ss). Lo que César opone al moralismo justiciero y emocional de Catón es la frialdad del razonamiento político, de modo que sea la ley la única que salvaguarde la pluralidad de pareceres, en lugar de ceder a la aparente coherencia del sedicente poseedor de la verdad (p. 175). El uso de lo *implacable* y lo *impeccable*, como mostró en su día Rafael del Águila, son aliados seguros de la opresión. Hace falta mucha ética de la responsabilidad para frenar la más inflamada ética de las convicciones que tanto gusta en el actual contexto hiperemotivista y el precedente estaba claro antes de Weber. Livio, por su lado, resalta el valor práctico del perdón en lugar de la venganza y la humillación, aunque parezcan justificadas, de manera que la dignidad no sea vejada ni el honor tenga que recurrir a una astucia sangrienta para redimirse (p. 201). La difícil visión desapasionada y a largo plazo siempre trae mayores beneficios para todos. Por último, la rebelión de dos legiones del norte que expone Tácito apunta a la esencia de la tradición romana: si parte del ejército se insubordina con razones, cuestionando la lealtad y la ley para manchar su propia honra, algo muy grave sucede y los mecanismos inherentes de la culpa y del honor deben ser tratados con sumo cuidado. Castigar la traición sin “severidad peligrosa y sin condescendencia criminal” demanda mucho tacto y sentido de la autoridad, para luego volcarse en la consabida lucha contra el enemigo exterior que todo lo rehabilita.

Hasta aquí este mínimo aperitivo para abrir boca a las muchas reflexiones que Antonio Hermosa ofrece, además con una voluntad de estilo patente. Todo ello acompañado, por cierto, con referencias a otros autores no menos relevantes, tales como Demócrito, Heráclito, Esquilo, Eurípides, Herodoto, Platón, Gorgias, Protágoras, Plutarco, Lucrecio, Cicerón, Horacio, Flavio Josefo, Maquiavelo, Hobbes, Racine, Diderot, Constant, Heine, Kafka, Weber o Raymond Aron... Aquí hay realismo descarnado, sí, pero no resignado; o, si se prefiere, un pesimismo compro-

metido con el conocimiento y la cauta toma ético-política de partido. Reconocer la tragedia de la experiencia humana sin disimulos (no son cosas tan excepcionales las relatadas como parece) y a la vez humanizar esas experiencias sin claudicación exige coraje intelectual y moral. Las profundas ambivalencias de la vida, tanto privada como pública, no permiten la edulcoración ni el arrebató, sino la lucidez serena de quienes les salen al paso sin miedo.

LUCIANO ESPINOSA RUBIO

